

## LOS RASGOS FUNDAMENTALES DE LA PSICOLOGIA TOMISTA (I).

Si hubiéramos de señalar un rasgo verdaderamente característico y fundamental de la filosofía moderna, sería su afán por plantearse todos los problemas de la realidad y de la vida en un terreno esencialmente psicológico. El «yo pienso, luego existo,» de Descartes, que figura en el frontispicio del pensamiento moderno, refleja perfectamente esta tendencia a afirmar la realidad («luego existo») en función de un acto mental («yo pienso»). De esta tendencia ha derivado asimismo, al propio tiempo que ha contribuido a afianzarla y fomentarla, la serie imponente de investigaciones psíquicas que va jalonando el desarrollo de la filosofía post-cartesiana, hasta venir en pleno siglo XIX, a hacer de la psicología una disciplina científica, tratada con métodos de laboratorio y con pretensiones de emancipación de toda tutela o preocupación metafísica.

Pero la psicología, disciplina nobilísima por su objeto, el más digno de cuantos la creación nos ofrece, se presta quizás más que ninguna a ser abusivamente tratada y explotada.

Partiendo del intento de «objetivar,» mediante la reflexión, la humana subjetividad, a fin de estudiarla como el grado más alto que es de la vida, pronto se

---

(1) En el mes de marzo se ha celebrado, en Madrid, el VI centenario de santo Tomás, siendo notabilísima la *Semana tomista*, en la cual ilustres maestros expusieron diversas cuestiones conducentes a fijar el valor actual de la filosofía del Angel de las Escuelas. El sabio profesor a cuyo cargo corrió en su parte más importante la organización de dicho curso, don Juan Zaragüeta, nos honra una vez más con el presente y notable artículo.

transforma por parte de espíritus inexpertos o tendenciosos, y gracias a una curiosa inversión de términos, en instrumento de «subjetivación» de los objetos de esa misma vida mental, cuyo rasgo más saliente es precisamente el carácter de trascendencia que instintivamente da a todas sus creaciones, mejor dicho, revelaciones de cosas y de valores interesantes para la conciencia humana. Sustituir en todas sus afirmaciones el verbo «ser» por el verbo «parecer», no es por ventura el término a que lógicamente habría de conducirnos el psicologismo contemporáneo? ¡Qué diferencia de decir «este cielo *es* azul» a sugerir que ni es cielo ni es azul, pero que irremediamente me *parece* tal! Verdad es que en este caso pudiera resultar la distinción de mínima importancia; pero ¿podría decirse otro tanto de los grandes intereses de idealidad o de utilidad que van vinculados a la ciencia, a la moral o a la religión en la vida del hombre, y cuyo valor se halla pendiente de la objetiva realidad o subjetiva ilusión de su contenido?

Por otra parte, la psicología moderna ha limitado sistemáticamente el campo de sus investigaciones a los llamados «hechos de conciencia», segregándolos, por lo menos en la pura psicología, de los de carácter biológico, con los que pudieran mostrarse aparejados y aun confundidos. La oposición, llevada hasta la irreductibilidad, de lo psíquico con lo físico y aun con lo fisiológico, ¿no se halla proclamada en aquel dualismo «pensamiento-extensión», que, formulado ya en la filosofía de Descartes, persevera a través del panteísmo de Spinoza y de la Monadología de Leibniz, hasta cristalizar en el llamado «paralelismo psico-físico» de los tratadistas actuales?

Finalmente, no pocos de entre éstos cercenan aún

más el dominio de la psicología, reduciéndola a un simple encadenamiento de «estados» o «procesos mentales», cuya ley de causalidad puede formularse sin el menor recurso a sustancia alguna metafísica. Una «psicología sin alma» vendría, por lo tanto, a ser la última palabra de esta progresiva reducción de horizontes, que empieza privando a la conciencia de una verdadera objetividad, sigue aislándola de todo proceso vital orgánico como extraño a su fuero, y acaba por diluir su propia subjetividad en un rosario eslabonado de «fenómenos mentales.»

Verdad es que la misma inconsistencia de semejantes concepciones ha venido a provocar una saludable reacción, en el sentido de reintegrar a la psicología, sin por ello desnaturalizar su contenido, todas las perspectivas que parecen connaturales a una disciplina de carácter central en la enciclopedia del saber humano. Si el hombre es un «microcosmos», y la psicología es la ciencia del «hombre», más que de la «conciencia humana», ¿cómo segregarla sin un violento artificio de todas las avenidas que afluyen al y refluyen del curso integral y comprensivo de la vida humana?

Pero en esta labor de rectificación y de reintegración—hora es ya de proclamarlo—no se hace sino retornar, más o menos inconscientemente, a posiciones que en el atormentado alborar del Renacimiento, y a favor de frágiles y decadentes apariencias, pudieron parecer caducas, pero que encerraban en el fondo una concepción del hombre insuperada e insuperable, si hemos de juzgar del porvenir por la cada día mejor contrastada solidez del pasado. En este pasado refulge, como astro de primera magnitud, la figura de santo Tomás de Aquino, cuyas concepciones psicológicas son capaces de proyectar, en el exuberante pero un tanto

caótico conglomerado de hechos y de interpretaciones con que se nos ofrece la moderna ciencia del espíritu, haces de luz descubridora de una definitiva orientación, a la que dedicamos las presentes líneas.

\* \* \*

Si santo Tomás hubiera tropezado en su tiempo con uno de nuestros panegiristas de la «psicología sin alma,» por ventura no lo despachara con un simple «vade retro» o un «anathema sit» de a lo sumo negativa eficacia. Con aquella suprema serenidad que ponía en el planteamiento de todos los problemas y en el enjuiciamiento de las opiniones más disonantes, quizás invitara al audaz iconoclasta a precisar sencillamente el sentido de su demoleedor emblema. ¿Se trata, en efecto, de eliminar de toda psicología el concepto de alma como irreal o inútil, sustituyéndolo por un ensartamiento de fenómenos en el hilo precario de una personalidad puramente empírica? Santo Tomás recordaría que todo fenómeno—de φαῖνω , yo aparezco—es una apariencia, y que toda apariencia, aun descontada la posibilidad de un espejismo, supone en definitiva una realidad capaz de aparecer.... Pero ¿se entiende aquello de la «psicología sin alma» como expresión de una simple división del trabajo, como un caso de mera especialización o abstracción científica, parecida a la que con el tiempo ha hecho emanciparse a la física de la cosmología, y habría ahora de constituir una psicología empírica distinta de la metafísica? Tengo para mí que el Doctor Angélico no hubiera hecho el menor gesto de oposición. ¿Pues qué, no es él quien considera insuficiente una explicación puramente teológica de las cosas—según la cual todas ellas son por que Dios quiere que sean—e invita al hombre de ciencia,

si aspira a cubrir plaza de tal, a investigar las causas segundas inmediatas de los hechos del mundo? Análogamente sería deficiente la actitud del psicólogo que, al sondear los misterios de la vida consciente, no adujera otra explicación que su común arraigo en el seno de una entidad metafísica espiritual e inmortal. Los hechos de conciencia se enlazan a menudo entre sí con vínculos de particular causalidad, cuyo descubrimiento bien puede ser objeto de una disciplina estrictamente científica. Y en efecto, aun sin dar tales nombres a estas cosas, santo Tomás proclama sencillamente, como único método capaz de conducirnos a un conocimiento integral del hombre, el estudio reflexivo de su actividad en función de sus objetos, de sus facultades en función de su actividad, y a través de aquella y de éstas, del principio sustancial en que radican y cuya potencialidad van progresivamente desplegando.

Puesto ya a discernir las funciones psíquicas irreductibles entre sí, el Doctor de Aquino no vacila en hacer suya la enumeración aristotélica, que reconoce dicha condición en las potencias nutritiva, sensitiva, intelectual, apetitiva y locomotiva. Aquí de nuevo el escándalo de los psicólogos cartesianos, de los que abrieron hace siglos el abismo sin fondo entre el pensamiento y la extensión, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo, reservando a aquélla el dominio de los fenómenos conscientes (sensación, intelección, apetición y volición) y atribuyendo al cuerpo las funciones de nutrición y locomoción, propias de la vida vegetativa. Pero santo Tomás, siempre conciliador, tampoco hiciera «cuestión de gabinete» de un problema de procedimiento y de definición convencional, y así no tuviera reparo en «iniciar» la psicología con el estudio del conocimiento, y del conocimiento puramente sensible.

Y ya dentro de este terreno, ¿cómo traducir, en el corto espacio de un artículo, el espíritu estrictamente científico con que conduce el Doctor Angélico toda su investigación y exposición concerniente a la humana sensibilidad? Claro está que parece de él ausente la novísima psicología experimental y la psicometría, y que su teoría física de las cualidades sensibles y la fisiológica de nuestra constitución y funcionamiento nerviosos dejarían algo que desear para un enamorado de los modernos progresos científicos. Pero no nos envanecemos de éstos tanto que olvidemos la eventualidad de que nuestros sucesores compadezcan nuestra flamante ciencia, como hoy sonreímos de la física y biología medieval; y sobre todo, no seamos con éstas tan injustos que desconozcamos la continuidad de su ideario fundamental con la moderna cultura, de superioridad a las veces más accidental que esencial, cifrada en ribetes de superficial detalle más que en honduras de contenido y de ideas directrices.

Para santo Tomás, como para los más autorizados psicólogos modernos, la función sensorial es, ante todo, producto de tres factores: el «objeto» que se ofrece a la impresión, el «medio» que la transmite, el «órgano» que la recibe.

¡Con qué minuciosidad describe los objetos sensibles—salvo, hay que consignarlo lealmente, el del propio cuerpo, sensible también a esas impresiones que, distinguiéndolas de las estrictamente táctiles, llaman los modernos «kinestésicas» y «cenestésicas»—dividiéndolos en «propios» y «comunes» (o sea conforme al criterio adoptado por la psicología más reciente, en «cualitativos» y «cuantitativos») y distinguiendo la «calidad» pura de la «intensidad,» con la indefinida gradación de que ésta es susceptible! No llega el Angélico Doc-

tor a plantearse el problema del «umbral» de la sensibilidad en los términos en que nos lo presenta la moderna psicometría; pero es indudable que se hace cargo de su verdadero alcance, y aun sugiere su solución más profunda, aplicando al dominio de la intensidad la distinción de grados «potenciales» y «actuales» de una dimensión continua, que ya en el de la extensión salva en lo posible de inextricables dificultades. En esta misma distinción pudiera quizás tener un punto de apoyo la solución, por lo menos en una de sus fases, de la magna cuestión de la «subconciencia,» una de las más complejas en el laberinto de la psicología contemporánea.

La actuación del objeto se traduce, pues, en una impresión recibida, ante todo, por los órganos correspondientes, que santo Tomás no vacila en estimar como necesarios para la percepción sensible, no sólo en su parte periférica, sino también central, cuyos elementos y vías describe con manifiesta complacencia, resumiendo la ciencia de su tiempo y abundando en el espíritu de la moderna psicología fisiológica. Pero no se deja deslumbrar por su aparato técnico hasta el extremo de desconocer, como a tantos modernos acontece, la reacción espiritual que a la pasividad orgánica debe forzosamente suceder si la mencionada «impresión» ha de merecer estrictamente el nombre de «sensación.» Recordemos al efecto su famosa teoría sobre la especie «impresa» y «expresa» y la distinción entre el «objectum quod» y el «medium quo» para la explicación de la sensibilidad, que en tanto tiempo han podido pasar por sutilezas puramente verbales, de marca de fábrica típicamente escolástica, pero a las que hoy parece volverse por parte de espíritus tan positivos como los que en Alemania, Inglaterra y hasta Norteamérica han iniciado

ese interesante retorno al objetivismo y realismo tradicionales en el orden del conocimiento.

Al término inmediato de la sensibilidad, que llama santo Tomás sensible *per se*, agrega el santo Doctor el sensible *per accidens*, ese conjunto global de impresiones que van anejas a la sensorial propiamente dicha, y que por ello participan de su misma condición, como cuando decimos «he visto a Fulano de tal muy triste.» En rigor, la tristeza en sí no es objeto de visión, pero nuestra «imaginación» se la agrega a los rasgos fisiológicos visuales en que ordinariamente se manifiesta. Esta interferencia, por así decirlo, de la imaginación en el fuero de la sensibilidad constituye también en concepto de santo Tomás y cuando aquella es anormal y excesiva, la explicación de los llamados «errores» sensoriales. Pero ¿no parece que estamos oyendo la moderna teoría psicológica de la «percepción» frente a la sensación pura, como germen asimismo de intuiciones globales, pero también de ilusiones y alucinaciones en el funcionamiento de la sensibilidad?

De la llamada por santo Tomás «externa,» y a través del sensible *per accidens*, pasamos fácilmente a la «interna,» bajo cuya jurisdicción coloca el santo Doctor las funciones que llama de «sensibilidad común, memoria, imaginación y estimativa.»

Dejando por ahora a un lado el tema del sentido denominado «común» y ciñéndonos a los otros tres, sería evidentemente excesiva la pretensión de que el Doctor Angélico haya agotado los ilimitados horizontes que la misteriosa actividad mental nos ofrece por recorrer, y que los modernos psicólogos escudriñan con febril curiosidad, rigor de método experimental y no despreciables resultados. Pero, detalles aparte, no es difícil apreciar en estos resultados dos direcciones fun-

damentales: en el orden puramente «psíquico,» el reconocimiento de una energía espiritual de tipo eficiente y final en la sucesión de las imágenes; en el orden «psico-fisiológico,» el condicionamiento de la actividad mental por las funciones nerviosas del organismo. Pues bien, apoyado en la escasa contribución científica de su época, santo Tomás no vacila, ante todo, en proclamar el carácter esencialmente «orgánico» de toda actividad imaginativa. De orden en cierto sentido superior al de la reacción sensible, no lo es cuanto a la vinculación a la materia, común a ambas hasta el extremo de hacer de ésta un «co-principio» del conocimiento de lo concreto. En cuanto a su aspecto estrictamente mental, fácil es advertir la influencia de una causalidad puramente «eficiente» en el juego de la «memoria» y de la «imaginación,» y ya manifiestamente «final» en el maravilloso desarrollo de los instintos que el santo Doctor engloba en el reino animal bajo el nombre de «estimativa» y dignifica en el hombre, por razón de la proximidad a la inteligencia, con el rótulo excepcional de «cogitativa.»

(Concluirá).

JUAN ZARAGÜETA

## EL APOSTOL DE LOS INDIOS

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

Trátase de un varón ensalzadísimo por los unos, asaz combatido por los otros. Figuran entre los primeros los americanos, y más en especial los hijos de México, la mayoría de los extranjeros y los españoles afiliados en los partidos avanzados; cuéntanse entre los segundos los que, enemigos de toda transacción, no